

De las identidades culturales a los separatismos en la era de la comunicación global: el caso de Quebec

María de la Luz Casas Pérez
ITESM-campus Morelos

PUDIERA PENSARSE que es absurdo que una de las consecuencias de la globalización sean los separatismos. Especialmente en un mundo interconectado en el cual los medios de comunicación juegan un papel preponderante para la unificación de la llamada “aldea global”. Sin embargo basta mirar alrededor y observar que la constitución de los Estados nacionales resulta insuficiente en un mundo que se empeña en la estandarización de los mensajes y del consumo cultural unificado. En distintas partes del globo los movimientos segregacionistas o francamente separatistas ponen de manifiesto necesidades inconclusas de expresión cultural que los Estados nacionales no han podido o no han sabido satisfacer.

Los mensajes globales de los medios tienden a alimentar la idea del libre flujo de las informaciones y con ello de la libre participación ciudadana. Sin embargo, la estructura internacional de las comunicaciones obliga al individuo a perder su categoría de ciudadano para diluirse en el gran fenómeno de la globalidad; a dejar de ser distinto para ser igual, a dejar de lado los individualismos para conformar proyectos estandarizados de interacción. El individuo acepta entonces temporalmente diluirse ante el mundo, pero el fenómeno eventualmente atenta contra su identidad nacional y cultura. Así, como diría Fuentes, la “aldea local” se enfrenta a la “aldea global” (Fuentes, 1992).

El planteamiento fundamental que pretendemos desarrollar en las próximas páginas tiene que ver con identidades globales, identidades nacionales, identidades culturales y con la producción y uso de los contenidos simbólicos que circulan a través de distintas estructuras de comunicación formales y no formales. El propósito es plantearse cómo los grupos cansados de recurrir a esquemas simbólicos proporcionados por el Estado que no responden a exigencias específicas, han buscado

cristalizar sus necesidades de participación en demandas concretas sobre la base no de la unidad nacional sino antes bien de la diferencia cultural.

Identidades globalizantes, identidades nacionales e identidades culturales

En un mundo interconectado como el que ahora vivimos, los contenidos simbólicos que circulan por las estructuras internacionales de comunicación parecen apuntar hacia las identidades globalizantes, es decir, hacia aquellas en las que las diferencias culturales se diluyen en favor de una estandarización transnacional. Dicha propuesta intersecta con contenidos simbólicos correspondientes a antiguas identidades nacionales que tradicionalmente circulaban a través de los medios de comunicación y que soportaban bastante bien una idea de país o de Estado nacional.

Pareciera sin embargo que, no obstante que asistimos al desgaste de las ideologías nacionales, la ideología de la integración en bloques y de la globalización no alcanza a substituir los viejos ideales de individualidad y democratización.

Los nuevos “ciudadanos del mundo” piden para sí la participación y el acceso que el mundo globalizado les promete, pero además se dan cuenta de que las ideologías globalizadoras se encuentran por encima de los intereses del país; que los Estados nacionales han dejado de satisfacer ciertas necesidades y que es menester buscar nuevos reductos para la expresión y la participación. Se da entonces una tensión entre los deseos individuales y los deseos nacionales, o mejor dicho, entre los deseos individuales y los deseos estatales; pero además se da el desgaste de los deseos estatales frente a los anhelos globalizadores.

Ahora bien, el proyecto ideológico al que nos referimos aquí frecuentemente corresponde con un proyecto de tipo gubernamental al cual se le ha agregado el contenido nacional para legitimarlo. El problema es que la nacionalidad y las identidades nacionales están dejando de abordar cuestiones irresueltas de identidad cultural.

Los proyectos nacionales generalmente incorporan elementos simbólicos que se difunden a través de distintos circuitos de comunicación con el propósito de mantener cohesionado al todo social. Los individuos necesitan identificarse con algo o con alguien con el fin de encontrarle sentido y dirección de grupo a sus acciones. Esos elementos de identidad bien pueden estar en un rescate de la

tradición o bien de la herencia cultural o del lenguaje. Muchas veces es el Estado mismo quien engendra estos movimientos nacionalistas con el fin de dar forma y soporte a una identidad colectiva y, en todo caso, se asiste de los medios de comunicación para cumplir sus propósitos.

En un escenario cambiante en donde los contenidos simbólicos que dan sustento a la identidad ya no son operativos, es necesario recordar que el grupo social se inserta dentro de parámetros más complejos como pueden ser el Estado nacional, las economías de bloque y el nuevo orden internacional. Resulta difícil entonces seleccionar entre los contenidos provenientes de todos y cada uno de estos ambientes, aquellos que puedan dar real y verdadero sentido a las condiciones de identidad que demandan los sujetos.

Ahora bien, como indica Rosales (1995: 6):

Las opciones y decisiones a escala nacional están hoy severamente limitadas por las presiones internacionales que erosionan los principios constitutivos de los Estados nacionales. Lo local y lo regional establecen relaciones que traspasan las fronteras nacionales, las transformaciones tecnológicas que han originado la reconversión industrial, la fábrica difusa, las inversiones oscilantes del capital, el uso cada vez más amplio de las telecomunicaciones, los movimientos migratorios, las guerras de "baja intensidad", la violencia interétnica y la formación de fuerzas militares multinacionales, la crisis ambiental y la discusión internacional sobre el desarrollo sustentable, son solamente una parte del escenario complejo donde las identidades nacionales y la pluralidad cultural deben ser comprendidas.

Por otra parte, no son solamente los escenarios internacionales los que cambian, son también los escenarios nacionales y la constitución misma de los grupos sociales quienes ya no se sienten satisfechos por los contenidos simbólicos que la sociedad les proporciona. Y es aquí donde haríamos la distinción entre los mensajes que proporcionan los medios, como reflejo de la unidad social y de la identidad nacional que busca la conformación de un estandarizado global que anula las diferencias, mientras que por otro lado estarían los contenidos simbólicos expresados por los propios grupos y que representan la auténtica identidad cultural, viva y cambiante de los sujetos en interacción.

Los contenidos simbólicos de estos dos tipos de mensaje están comenzando a chocar unos con otros: los primeros, los estatales- nacionales responden a una mezcla de modernidad-cosmopolitismo que pretende llevar la nación hacia un desarrollo que conserve los elementos distintivos de la identidad nacional, de

aquellos que tradicionalmente ha constituido una estructura con claras aspiraciones hacia la modernidad y la globalización. Los mensajes del segundo tipo, intentan vincular las aspiraciones de grupo y de identidad cultural distinta que comienza a enfatizar la diferencia y que por tanto se contrapone a los contenidos estandarizadores normalmente difundidos en los medios de comunicación. Es así, que los grupos han comenzado a buscar medios alternativos de expresión en ocasiones distintas de los que son suministrados por las estructuras sociales tradicionales.

No podemos aquí dejar de enfatizar esta doble presencia de la identidad, por un lado la identidad cultural y por otro la identidad nacional que es una construcción estatal, difundida a través de distintos medios, que se disemina a través del tiempo y de la historia con el propósito de alimentar a los mecanismos de la tradición y de la mitología.

Ahora bien, en la era de la globalización y de la integración en bloques, los Estados nacionales han sufrido una cierta desagregación interna, vinculándose a otros con el fin de constituir identidades supranacionales —precisamente de bloque— con las que sea posible generar nuevos discursos y nuevos mecanismos de acción. El problema radica, precisamente, en que el proceso no ha sido fácil y en que junto con los discursos globalizadores encontramos manifestaciones separatistas o excluyentes.

Atestiguamos una tensión entre la búsqueda de los valores universales y los valores específicos. Nos percatamos de una severa crítica hacia los nacionalismos impuestos y hacia los discursos integradores que se ponen en entredicho. Observamos una lenta desintegración de los Estados nacionales originales y una pugna por la reconstitución de identidades a través de las cuales los sujetos no hacen sino remitirse a lo que finalmente les da individualidad y sentido, la raza, la lengua, la religión, las formas de vida; en una palabra aquello que diferencia y separa, aquello que lejos de estandarizar, distingue y que finalmente nutre al espíritu, es decir, la cultura. Y observamos a los medios de comunicación como copartícipes de la contradicción, reflejando momento a momento los deseos individuales frustrados, la decadencia de los valores universales y la gestación de los nuevos discursos. Basta con mirar alrededor para comprender que quizás los movimientos separatistas son una reacción nueva a una vieja disputa no resuelta del reconocimiento de las identidades culturales.

Al principio, la disputa fue hacia los Estados nacionales que albergan en su seno a los grupos culturalmente distintos; ahora, el reclamo quizás también sea ante un

mundo que busca integraciones en bloque que grandemente diluyen las diferencias culturales, ya que como indica Habermas (1989: 102) “las ideas abstractas de la universalización constituyen materia dura en que se refractan los rayos de las tradiciones nacionales, del lenguaje, la literatura y la historia de la propia nación”.

Globalización, identidades y participación social

Ahora bien, tanto se nos ha “vendido la idea” de la democratización, que hemos hecho equivalente la posibilidad de la participación nacional con la de la participación internacional o globalizada. Los derechos humanos son nuevamente derechos universales (globalizados) que muchas veces contrastan duramente con los intereses nacionales; de manera que cuando el Estado inhibe la participación ciudadana, la única alternativa es brincarse la figura del Estado y en nombre de las identidades culturales rescatar los deseos individuales. En ese sentido es que los separatismos se convierten en una opción frente a este otro tipo de identidad que el mundo globalizado propone, que es una identidad de tipo postnacional.

Como el propio Habermas indica:

Es difícil que la vida cultural, lingüística e histórica de un pueblo coincida con la organización que representa el Estado. Ello no significa que el contenido universalista deje de tener vigor, lo que sucede es que en el momento en el que el Estado ya no satisface las necesidades de expresión política de los deseos universales así como de los deseos individuales o culturales, el individuo pone en tela de juicio la constitución del Estado nacional y pugna por la separación. Recordemos que la identidad es a la vez un proyecto de vida y en este caso de nación (1989: 115).

Los medios frecuentemente hacen eco de las contradicciones cuando el proyecto de nación propuesto por los Estados nacionales ^{deambula} sin rumbo o sin proyecto definido, o cuando definitivamente camina en rumbo opuesto a la distinción cultural. Es entonces que los grupos buscan manifestarse de diversas formas. Y es que, siguiendo a Geertz, “no existe naturaleza humana independiente de la cultura (...) [sin ella, los hombres] serían monstruosidades inexplotables con escasos instintos útiles, pocos sentimientos reconocibles y nada de intelecto: casos de canastas mentales” (1974: 49). Uno se pregunta entonces si esta vuelta a las diferencias culturales no busca sino huir de las inconsistencias —indefinición cultural— de una civilización globalizada.

Por otra parte, en las naciones conflictuadas frecuentemente la ciudadanía y la diversidad cultural parecen estar relacionadas a la inversa. Cuando una crece la otra decrece. Los ciudadanos titulares carecen de cultura y aquellos que están más envueltos en ésta carecen de ciudadanía plena, como lo indica Bonfil (1990), en relación con el México imaginario y el México profundo, o como han anotado otros en relación con el México indígena y el México ladino, (Rosaldo, 1991: 83). Los medios de comunicación sin embargo, crean zonas de visibilidad o invisibilidad cultural, apuntando hacia la difusión de las prácticas de unos y la supresión de las prácticas de otros. Ello no quiere decir que estas últimas no existan, lo que sucede es que la diferencia cultural representa una amenaza al orden cultural. Por otro lado, cuando esta diversidad cultural es presentada, parece como si los medios se empeñaran en resemantizar sus rasgos con el fin de hacerlos congruentes con los patrones, bien de los Estados nacionales o bien de la globalización.

Es cierto también que los sujetos retoman productos simbólicos de uno y otro ámbito, recreando su valor con el propósito de generar nuevos elementos simbólicos que se suman a la identidad. La “hibridación” (García Canclini, 1990) no obstante no interfiere con los dos grandes discursos que se encuentran presentes: el del Estado y el de la globalización, antes bien, los propios procesos de hibridación integran ambos discursos al punto de hacerlos compatibles, el riesgo está sin embargo en la construcción de un *nuevo discurso* frente al cual aparecen las incongruencias del sujeto globalizado al que se le han ofrecido el acceso y la participación plena, y del sujeto ciudadano que de hecho no participa.

La disyuntiva es la siguiente: para el Estado, difundir un discurso nacional que permita mantener la integridad nacional y que a la vez sea congruente con el discurso internacionalizador de las economías de bloque; para los diversos grupos sociales, garantizar un nivel de democratización tal, que les permita mantener su identidad cultural en diferentes espacios públicos.

La tensión entonces es permanente; la de los medios por proyectar una realidad nacional que aparentemente comulga con una realidad internacional, y la de los diversos grupos que pugnan por manifestarse indicando las inconsistencias de las ideologías inclusoras.

Los separatismos excluyentes frente a los nacionalismos o internacionalismos incluyentes

Las identidades son definitivas en términos de la acción social. Los sentimientos de pertenencia a un grupo son fundamentales cuando este grupo decide o no participar políticamente para expresar proyectos alternativos. En una primera instancia las identidades culturales pueden convivir con las identidades nacionales ya que el pertenecer a una colectividad mayor llamada Estado-nación puede en un momento dado reportar beneficios para la administración de la riqueza; sin embargo, en el momento que la asociación estatal deja de ser benéfica para los grupos involucrados éstos pueden optar por escindirse de tal asociación.

La conciencia social se nutre de la identidad, y la identidad cultural —que no la nacional— tal y como la hemos entendido aquí, se apoyaría fundamentalmente en nociones compartidas de cultura, raza, lengua, religión o modos de vida. Es cuando algunas de estas condiciones propias de la identidad cultural se ven amenazadas, que el grupo se decide por la participación o la acción social.

Por otra parte, la cultura se manifestaría como la expresión social más viva de las identidades; aquella que le otorga vida, sentido y metas precisas a la participación social. Los movimientos sociales importantes o de ruptura muchas veces se ven alimentados por las identidades culturales que devienen en separatismos.

La problemática surge cuando a partir de la presencia de las hegemónías culturales, sean nacionales, transnacionales o globalizadoras, aparecen los movimientos de inclusión que son fuertemente rechazados por movimientos de exclusión que frecuentemente son más esenciales, más vitales, más existenciales que los primeros: los separatismos.

Simbólicamente entran en contradicción la universalidad *versus* la regionalidad; la unidad *versus* la separación; la similitud *versus* la diferencia. Los Estados nacionales se han visto obligados a reconocer la diversidad dentro de la unidad, las posibilidades de nuevos pactos políticos que reconozcan la autonomía dentro de la integración o de los federalismos, y en todo caso a admitir las posibilidades de la fragmentación política que no es otra cosa sino la manifestación de una fragmentación cultural previa.

La lucha deviene cuando en aras de la unidad las ideologías tienen que replegarse a sí mismas para poder subsistir, cuando los movimientos luchan por la tolerancia,

que frecuentemente los grupos no están dispuestos a ofrecer y cuando la intransigencia transita de la acción social civilizada a la acción violenta.

Los medios de comunicación frente a las fragmentaciones: el caso de Quebec

Es función de las instituciones de reproducción social asegurar la supervivencia de los sistemas sociales. Por tanto y tomando en consideración que normalmente los medios buscan su propia permanencia, es que articulan los contenidos simbólicos de exclusión o de inclusión relacionados con el todo social al cual pertenecen. Es en momentos coyunturales o de cambio que se pone a prueba la fortaleza estructural de los medios. Es de esperarse, sin embargo, que los medios reaccionen reafirmando la unidad.

En este sentido resulta importante aclarar que el sentido al que se acojan los medios de comunicación, depende grandemente de los sistemas de regulación que operen en las distintas sociedades. Es así que dependiendo de los márgenes de libertad permitidos por las distintas estructuras reguladoras de medios en los distintos sistemas sociales, los medios buscarán acogerse hacia el apoyo de la causa de los grupos culturales que pugnan por defender su diversidad, o bien la de los sistemas sociales y políticos en conjunto que buscan preservar la unidad social.

Al respecto podemos observar casos específicos, en los cuales las instituciones y la estructura formal de los medios en sociedades culturalmente distintas opera soportando la diversidad cultural. Así por ejemplo, la instrucción religiosa en las escuelas, las instituciones literarias y teatrales, el desarrollo del cine y de la prensa cultural, etcétera, operaron apuntalando las diferencias socioculturales en sociedades como la sociedad quebequense en su relación con el resto de la federación del Canadá.

Así, en la provincia canadiense de Quebec, los medios han funcionado frecuentemente como espejos de la diversidad cultural y de la especificidad de los grupos culturales de origen francés frente a la unidad de la cultura nacional canadiense.

Lo anterior ha sido fuente de numerosas investigaciones dentro y fuera de Canadá, pero sobre todo resulta de primordial importancia en la medida en que demuestra la circulación de los contenidos simbólicos a través de distintas vías como vehículo de transmisión de una identidad cultural que eventualmente ha

logrado transformarse en el germen de una identidad nacional distinta de la identidad nacional canadiense toda. Los análisis culturales y de medios que se realizan en torno del problema de la diferencia cultural quebequense tienen que ver precisamente con las distinciones relativas a la creación, a la difusión y al consumo de los contenidos simbólicos reforzadores de la identidad cultural por parte de ciertos grupos culturalmente distintos. (Lacroix, 1995).

La sociedad quebequense en específico ha buscado siempre, sin embargo, proteger los circuitos de la producción-reproducción de la identidad. Ello en cierto sentido le ha garantizado la permanencia de los mecanismos simbólicos que aseguran su identidad cultural como distinta de la identidad nacional canadiense. Sin embargo, ese no es el caso de otros sistemas nacionales, en los cuales los medios se encuentran tan estrictamente controlados y las políticas culturales tan fuertemente vinculadas con los sistemas y con las ideologías nacionales, que cualquier intento de separatismo o de diferenciación cultural es fuertemente contrarrestado por un sistema de medios que se vincula con la ideología estatal.

Por otra parte, no hay que olvidar que en un sistema de medios en el que prevalecen las estructuras de producción-consumo dictadas por las leyes del mercado puede en un momento dado tener más posibilidades de supervivencia un producto cultural estandarizado que aquel que privilegia la diferencia cultural. Las instituciones de medios entonces tienen que optar por favorecer la diversidad *versus* la unidad en función de lo que les permite su propia permanencia y/o reproducción institucional. Ello no significa, sin embargo, que los grupos culturales “diferentes” no insistan en hacer suyos mecanismos de producción simbólica que les permiten mantener la tensión social de exclusión-inclusión.

Así hay que reconocer por ejemplo, los amplios márgenes de difusión de los contenidos simbólicos de exclusión que han logrado a últimas fechas los movimientos separatistas en el mundo, — el ejemplo de Quebec en ese sentido es preciso — sin embargo, son todavía incipientes si se les compara con la densidad de las cargas simbólicas de las ideologías inclusoras de los nacionalismos que todavía poseen mayor fuerza y apoyos político-económicos y de medios.

El segmento de la población que logró hacer prevalecer la unidad frente a la separación de Quebec del resto de Canadá, seguramente sucumbió por un lado al peso de la carga simbólica de la unidad y los beneficios de la unidad frente a la debilidad de una identidad cultural todavía no desarrollada por completo. Lo anterior no quiere decir desde luego que la identidad quebequense no sea sólida

o que su cultura no sea fuerte y distinta en relación con el resto de Canadá o de sus vecinos del Sur, sino que evidentemente todavía tiene que luchar con las estructuras nacionales establecidas que poseen recursos y financiamiento aparentemente más consolidados. Por otra parte, para algunos grupos para los que el contenido simbólico de la identidad cultural distinta de la provincia puede no ser tan fuerte, las ventajas de pertenecer a la federación suelen ser mayores que las ventajas de la separación.

En efecto, en el caso quebequense se estima que dos de cada tres indecisos que votaron por la unidad de la federación eran anglofonos o inmigrantes, es decir no tenían desarrollada tan fuertemente como los francófonos un sentimiento de pertenencia a la región y por lo tanto una fortaleza interna en cuanto a su identidad cultural. (Farías, 1995).

Frente al fracaso del movimiento separatista quebequense se dan por otra parte, reacciones aún más importantes: los grupos que pugnan por la diferencia cultural han visto cuestionada una vez más su identidad en la medida en que tendrán que definir nuevamente si haber nacido en la provincia de Quebec o ser inmigrante es suficiente para ser *québécois* y si en un momento dado a aquellos que no tienen muy firme su identidad como miembros de la provincia de Quebec no les sigue interesando más la seguridad, calidad de vida y oportunidades que les brinda un Canadá unido. Una vez más se manifiesta la tensión entre inclusión-exclusión, la fuerza de los contenidos simbólicos que representan a las identidades nacionales, apoyadas en una aparato político y en un andamiaje económico a diferencia de las ventajas que pudiera representar una identidad cultural distinta. Pero una vez más también, hacen evidentes las consecuencias de la globalización y de ideologías nacionales que ya no satisfacen las necesidades más elementales de grupos que buscan el sentido de sus acciones sociales en la pertenencia simbólica de un grupo.

Ahora bien, como en pasados intentos separatistas, el papel de los medios de comunicación en la provincia de Quebec resultó determinante para proporcionarle una definición al grupo de indecisos que finalmente optó por mantenerse dentro de la federación canadiense. Los medios se presentan así como los espejos en los que se ven reflejadas las distintas opciones de vida: ser o no ser *québécois*. Se es o no se es por convicción en relación con la identidad misma, pero se opta o no se opta por hacer un ejercicio político de separación con tal de reafirmar la identidad cultural y redefinir la identidad nacional.

Los medios privilegian o no contenidos separatistas en la medida en que éstos atentan o no contra la eficiencia misma de su estructura y del sistema social al cual sirven; se apropián de las cargas culturales que de por sí están ya circulando en el ambiente y se aprovechan de su profundo valor emotivo, pero en general y debido a que optar por la separación puede ser igualmente riesgoso para ellos, casi siempre reviven las identidades nacionales o las substituyen por identidades globalizantes que contrarresten las expresiones legítimas de los diversos grupos.

Los movimientos excluyentes adquieren fuerza en la medida en que no logran cristalizar sus demandas a través de las estructuras existentes. Es cuando la ideología nacional ha quedado corta frente a las demandas de los grupos culturales, o cuando los grupos no ven claramente la forma de hacer cristalizar sus demandas en movimientos democratizadores que sean escuchados, que se dan los separatismos políticos. Los separatismos culturales muy probablemente ya se habían dado con anterioridad pero no se les había querido escuchar. Lo importante radica en estimar la fuerza de los movimientos sociales o de las acciones sociales de los grupos culturales.

Recordemos que el concepto de nación tiene su fundamento en la cultura, y que una nación es conformada esencialmente por quienes a sí mismos se consideran diferentes, se consideran pueblo. El concepto de pueblo no puede ser impuesto por medios de las ideologías nacionales; el concepto de pueblo emana de condiciones esenciales de vida y de reconocimiento del otro como semejante.

La pluralidad o la diversidad cultural no puede coexistir con la unidad mientras no se dé la tolerancia: cultural y política. Y la tolerancia política no puede darse cuando atenta contra la unidad. Es por ello que por principio los Estados nacionales se resisten a admitir dentro de sí a la diversidad, a naciones capaces de tomar decisiones autónomas, y es por ello que estos grupos sociales distintos claman por un Estado propio. *!On veut un pays! Le Québec aux québécois!* podría ser el reclamo de muchos grupos culturalmente distintos que ven amenazada su identidad a manos de las fuerzas del mercado y de Estados nacionales que insisten en diluir las diferencias de por sí uniformizadoras de la pluralidad cultural en identidades nacionales o en identidades globalizantes.

Ahora bien, aquello de ser tolerantes y aceptar la diversidad cultural puede sonar muy bien, pero ¿cómo hacer frente a un movimiento cultural de internacionalización que tiene por aliados a los grandes consorcios comerciales y de medios del planeta? ¿Cómo responder con identidades culturales distintas a la avalancha

de productos culturales proveniente de instancias hegemónicas en un contexto de globalización, de economías abiertas y de economías de bloque?

Pudiera pensarse en que la única alternativa posible consistiría en entrar al flujo comunicativo internacional con productos culturales que precisamente privilegian la diversidad cultural en lugar de la unidad nacional. Sin embargo, ello depende de la capacidad de expresión y de la fortaleza económica que los distintos grupos puedan tener para apropiarse de los recursos tecnológicos y de difusión de la cultura.

En sociedades desarrolladas la bonanza económica quizás provea de los recursos suficientes como para garantizar una producción cultural distinta en cantidades suficientes como para hacer presencia en los mercados de consumo cultural. Sin embargo, para sociedades en vías de desarrollo la posibilidad de competir contra la dominación cultural hegemónica y la circulación internacional de productos comunicativos que claman por las identidades globalizadas es menor.

Pueden citarse diversos ejemplos de grupos sociales distintos, que por condiciones de raza, religión o ideologías han buscado separarse de sus Estados nacionales rectores, sin embargo, el caso de Quebec puede ser ejemplar ya que representa la primera fragmentación económica y política real de la hegemonía del bloque norteamericano. Quebec se yergue defendiendo su identidad cultural en una era en la que las tendencias rectoras llevan a la estandarización, argumentando además que es precisamente la fortaleza de su cultura la que puede operar como base de su independencia política.

El caso de Quebec amerita ser investigado profusamente, no sólo por su condición cultural distinta y por el uso que los quebequenses han sabido dar a los medios para mantener y renovar permanentemente su identidad cultural, sino porque invita a un cuestionamiento serio de la fortaleza de las economías de bloque, no en términos económicos sino en términos informativo-culturales. Pese a las estructuras internacionales de medios y a los flujos abiertos de información a nivel global todavía hay movimientos de resistencia cultural importantes.

Por el momento ha ganado el discurso unificador, primero el de los Estados nacionales, más tarde el de la unificación planetaria, pero quién sabe, los casos de grupos culturales distintos que no se resignan a ser diluidos en función de identidades globales son cada vez más profusos; habrá que observar en qué medida dichos grupos logran hacer que sus voces sean mejor y mayormente escuchadas.

Referencias bibliográficas

- BONFIL BATALLA Guillermo (1990): *México Profundo. Una civilización negada*. México: Grijalbo / Conaculta.
- (1991): *Pensar nuestra cultura*. Barcelona: Alianza Editorial.
- FARIAS María Emilia (1995): “Las consecuencias políticas del referéndum de Quebec”. *La Jornada*, 5 de noviembre.
- FUENTES Carlos (1992): “La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial”. En *Coloquio de invierno. Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación internacional, América Latina y México*, Vol. I *La situación mundial y la democracia*. México: UNAM / CNCA / FCE.
- GARCÍA CANCLINI Néstor (1990): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo / Conaculta.
- HABERMAS Jürgen (1989): *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Téc-nos.
- LACROIX Jean Guy (1995): “La culture, les communications et l'identité dans la question du Québec”. *Être ou ne pas être québécois, Cahiers de Recherche Sociologique* Núm. 25, Québec: Département de sociologie / UQUAM.
- ROSALDO Renato (1991): *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. México: Grijalbo / Conaculta.
- ROSALES AYALA Héctor (1991): “Políticas culturales en México”. *Aportes de investigación* Núm. 50. México: CRIM / UNAM.
- (1995): “Identidades nacionales y pluralidad cultural en América Latina”. Trabajo inédito.